

HEURTEBIZE

Vamos, vamos, de prisa.

(Vanse. Se oyen dos grandes campanillazos.)

ESTHER *(volviendo desde la puerta),*

¡Ah! Usted perdone, no he firmado.

(Se acerca á la mesa y se inclina para escribir en el libro.)

ESCENA IX

MARÍA ANTONIA Y LA MARQUESA DE LA ROCANERE
que aparecen en lo alto de la escalinata de la izquierda; ESTHER, inclinada, escribiendo sin verlas; En el foro HEURTEBIZE, con un manajo de llaves en la mano, impaciente al ver abierta la puerta.

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Ay, amiga mía, usted será siempre Duquesa!

MARÍA ANTONIA (*bajando los escalones*).

Comprende que se lo había prometido á los Caussade. Por más que una esté arruinada, no debe faltar á su palabra.

ESTHER (*junto á la mesa, levantándose*).

Ya está.

(*Ve á María Antonia. — Las dos mujeres se miran un momento sin hablarse ni saludarse.*)

HEURTEBIZE (*agitando las llaves*).

Por aquí se sale.

MARÍA ANTONIA (*á la Marquesa*).

¿Quién es?

ESTHER (*retirándose muy satisfecha*).—(*Aparte*).

¡Ah! ¡La he visto!

(*Sonrisa maliciosa. Heurtebize vase detrás de ella y cierra la puerta violentamente.*)

ESCENA X

MARÍA ANTONIA, LA MARQUESA

MARÍA ANTONIA

¿A qué vendrá esa mirada aviesa?

LA MARQUESA

Su nombre debe de estar escrito en el libro. (*Mira, y lee en voz alta*). «Condesa Esther de Sélény, Buda-Pesth.»

MARÍA ANTONIA

¿Es posible?

LA SEÑORA DE ROCANERE (*con desprecio*).

¡Condesa Esther! De la nobleza haitiana, ¿no es verdad?

MARÍA ANTONIA

¿Sabes quién es ella? La futura señora de Pablo Astier.

LA MARQUESA

¿La señora de Astier?...

MARÍA ANTONIA

Pero tendrán que aguardar á que yo muera, y espero...

ESCENA XI

DICHOS, PABLO ASTIER

PABLO ASTIER (*á la izquierda, en pie, á la puerta de las habitaciones particulares*).

¡Por fin!... ¡Aquí están!

MARÍA ANTONIA (*estremeciéndose*).

¡Ahl

PABLO ASTIER (*acercándose con desembarazo*).

Creí que estabas en tus habitaciones, hija mía. (*Saludando á la señora de Rocanère*.) Marquesa, el campo le sienta á usted divinamente. No; en verdad que las dos tienen ustedes color de flores...

LA MARQUESA

No se le cree á usted ya, embusterillo. Adiós. (*Besa á su amiga*.)

PABLO ASTIER

¡Cómo! ¿Se va usted?

LA MARQUESA

Hace dos horas que estoy aquí.

PABLO ASTIER

Pero yo no.

LA MARQUESA

¡Adiós, adiós! (*Aparte.*) La verdad es que es muy agradable.

ESCENA XII

PABLO ASTIER, MARÍA ANTONIA

Pablo Astier viene á primer término, y después de haber acompañado á la Marquesa hasta la puerta, se acerca á su mujer y le coge la mano.

PABLO ASTIER

Buenos días, Mari-Anto.

MARÍA ANTONIA (*con dureza y retirando la mano*).

Buenos días, señor Astier.

PABLO ASTIER (*sonriendo*).

¡Oh! ¡oh! (*Le mira con fijeza.*) Esas altivas cejas fruncidas, esas facciones con-

traídas... ¿Seguimos enfadados?... ¿Continúa la *vendetta*?

MARÍA ANTONIA

Vamos, vamos, hijo, no hagamos tonterías estando solos. Estamos solos y nos conocemos.

PABLO ASTIER

¿Estás bien segura de que me conoces?

MARÍA ANTONIA

Hasta el disgusto...; hasta darme náuseas.

PABLO ASTIER

No he de decirte, empleando la insípida fórmula corriente, que no eres parlamentaria. Al contrario, estás perfectamente en tu papel. Te ruego que continúes... Voy á creer que asisto á una sesión. (*Se sienta.*) ¿De modo que me conoces á fondo, María Antonia? ¿Y desde cuándo?

MARÍA ANTONIA

Es verdad, me enfado, me enfado, y lo pierdo todo con encolerizarme. Tú tienes calma, eres fuerte... Vamos, procuraré serlo yo también. (*Se sienta.*) ¿Que desde cuándo te conozco, querido Pablo? Hará tres años á fines de Octubre, dentro de seis meses.

PABLO ASTIER (*sonriendo*).

Tienes buena memoria al menos. Según eso, me conoces desde antes de nuestra boda.

MARÍA ANTONIA

Sí; aquel día paseábamos por el parque. (*Señala al parque.*) Tú me hablabas de tu amor; yo te contaba mi vida con el Duque, mi primer marido y el largo martirio que me hizo sufrir hasta que murió. Hacía un tiempo delicioso; un sol medio velado que iluminaba con sus pálidos reflejos las praderas desnudas. Allá aba-

jo, cerca del pabellón, nos sentamos mientras tú me decías frases de ternura; todas contra ti mismo, con mi mano en la tuya y tu cabeza en mi hombro; de pronto, con una palabra... no sé siquiera si fué una palabra... Vi claro, comprendí... Lo que de mí te tentaba era esta espléndida posesión, la fortuna, las influencias, pero nada de la mujer... No me amabas... (*sonriendo tristemente*), no me amabas... Pasé un minuto horrible. Mis ojos se cerraron como si fuera á morir. Tu voz llegaba á mis oídos, como de muy lejos, muy confusa, y al mismo tiempo oía yo entre la brisa de otoño caer las hojas en todo el parque, unas lentamente, cargadas todavía de savia, las otras furtivas, ligeras. Cualquiera hubiera dicho que por los alrededores del pabellón se oía el pisar de una multitud silenciosa, de un ejército derrotado que huye. Y todo eso era yo: el desastre de mis hermosos ensueños.

PABLO ASTIER

Tan perfectamente lo comprendí, hija mía, que me marché al día siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MARÍA ANTONIA (*con viveza*).

¡Sí, te marchaste para que fuese detrás de ti!... Lo cual hice yo. Pues bien; aquella misma mañana, en medio de aquel galopar furioso á campo atraviesa, echada sobre el cuello de mi yegua para no perder de vista el tren donde debías de ir, ¿sabes lo que me decía á mí misma? «¡Loca eres dándote tanta prisa, pobre Duquesa! Aunque fueses al paso, y al paso muy corto, podías estar segura de alcanzarlo, porque él es tu destino adverso, del cual nadie se escapa.» ¡Ya ves si te conocía, mi querido Pablo!

PABLO ASTIER

El caso es que no he vuelto aquí sino accediendo á tus ruegos. Me lo rogaste, me lo suplicaste: «Vuelve, me dijiste, y seré tu mujer.»

MARÍA ANTONIA

Y he sido tu mujer; he dado á las gen-

tes ese espectáculo del rebajamiento de la duquesa de Padovani hasta convertirse en la señora de Pablo Astier, casándose con su arquitecto, el cual no la amaba. Y de todos los días de mi vida, aun cuando ha habido en ellos algunos muy sombríos, muy lamentables, ninguno me apretó el corazón tanto como el día de mi boda. ¿Te acuerdas de aquel empleado de la Alcaldía, que, mirándome con mucho desenfado y sonriendo maliciosamente, me dijo: «Ya no esperamos más que á la novia?» ¡Y la novia era yo!... Pues ¿y en la iglesia? ¿En aquella capilla de la calle de Vaugiraud, tan alumbrada, tan llena de flores y... tan desierta? ¿Y aquel prelado mundano, con esclavina color de violeta, que leía un discurso impreso, en el cual se hablaba solamente de «las tradiciones de honor del esposo, de las gracias juveniles de la esposa?... (Con sonrisa de amargura.) ¡Con qué oportunidad escogió su arenga! ¡Dime si, de no haberte conocido, habría podido darme cuenta de esas cosas!... ¡Créeme, hijo! Había medido la profundidad del abismo, y me dejé caer en él con

los ojos abiertos por no faltar á mi palabra.

PABLO ASTIER

No, María Antonia; lo hiciste simplemente porque me amabas... Y es indigno de ti ese renegar, ese blasfemar contra el amor. ¡Cuántas mujeres mueren sin conocerlo!

MARÍA ANTONIA

Sí: he probado el amor, pero lo he pagado con sufrimientos horribles... ¡Oh! No me quejo, no acuso, no pido nada... Mira á esta terraza y acuérdate de que nunca he mentido. Cuando me refugié aquí hace tres meses, en los comienzos de mi destierro y de mi soledad, todos los días sentía la misma loca tentación de romperme la cabeza tirándome por esa balastrada abajo. Afortunadamente tengo creencias, y además, ¿qué hubiese dicho la gente?... A mi edad... una mujer de mi rango... suicidarse como una modistilla abandonada... Dios me-

dante he podido resistir, calmarme gracias á la naturaleza, gracias al rezo, y he podido al fin olvidarte.

PABLO ASTIER (*acercándose á ella*).

¡Olvidarme!... ¿Es posible?... Dos seres que han sido uno del otro de una manera tan profunda como nosotros, no pueden olvidarse jamás. ¡No, no! No te creo. Hasta cuando rezas me mezclo yo en tus rezos; y por la noche, sola aquí, cuando contemplas las estrellas á través de tus lágrimas, estoy seguro de que las estrellas te hablan de mí.

MARÍA ANTONIA (*estremeciéndose*).

¡Ah, Dios mío! Helo aquí otra vez. ¡Va á atormentarme de nuevo!... Deja en paz á esta pobre criatura que tanto ha sufrido por ti.

PABLO ASTIER (*acercándose mucho y en voz muy baja*).

¡Si no quiero que sufras más! ¡Si quiero reparar las penas que te he causado!

MARÍA ANTONIA (*apartándose con un esfuerzo enérgico*).

¡Eso no es verdad! Te diré lo que vienes á hacer aquí, lo que quieres obtener de mí. Te estorbo; soy el escabel que ya no sirve, y que se rechaza con la punta del pie. El divorcio, ¿no es verdad? (*Apretando los dientes*.) ¡Para poder casarte con tu austriaca llena de oro!

PABLO ASTIER (*un tanto sorprendido al verla tan bien informada*).

¿Cómo? ¿Quién te ha traído esos chismes? He visto dos ó tres veces á la señorita de Sélény en la embajada de Austria; pero jamás, en mi vida...

MARÍA ANTONIA

Es inútil que me expliques, porque estoy muy bien informada.

PABLO ASTIER

En primer lugar, esas señoras han salido de París.

MARÍA ANTONIA

En efecto, acabo de ver á tu muñeca. Es muy bonita. ¡Desgraciadamente no te casarás con ella! Porque lo que debe meterse en tu cabeza como quien mete un clavo á martillazos, es que no nos divorciaremos jamás, ¿oyes?... jamás. He dado el escándalo de mi casamiento y no daré otro. Sí, ya lo sé... El Sr. Chemineau me lo ha dicho... Nada más fácil de hacer... Un Tribunal un poco complaciente, una sencilla carta... sevicias é injurias graves; pero semejante comedia me parecería indigna de mí... Hijo mío, por más que hagan vuestros legisladores, el divorcio no es una ley, es una tara. Como francesa, como cristiana, me opongo á sufrirla. La Iglesia nos unió, que la Iglesia nos separe y rompa nuestra unión; pero mientras ella no me haya relevado de mi juramento, lo siento por ti, pero seguiré siendo hasta la tumba tu esposa, muy fiel y muy resignada.

PABLO ASTIER (*sonriendo con mucha calma*).

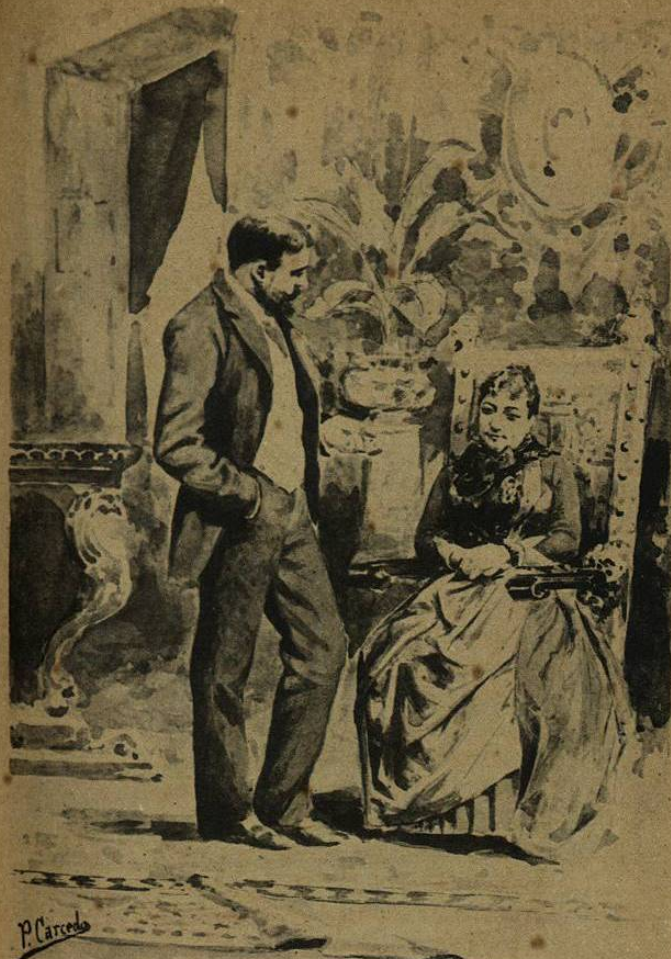
No pido otra cosa... ¡Dios mío! Lo que te pido, lo que quiero de ti, lo que he venido á buscar aquí, es á ti misma, á mi mujer, á quien he perdido y á la cual quiero recobrar.

MARÍA ANTONIA (*con tristeza*).

¿Recobrar-me? ¿Para qué?

PABLO ASTIER

Porque echo de menos á mi compañera; porque la necesito, y porque nunca tanto como ahora me ha sido necesario su inteligente y leal apoyo. A tu bondad, María Antonia, á tu generosidad de mujer, me dirijo. Vuelve conmigo á París. No puedes permanecer aquí, puesto que el castillo va á ser vendido. Empecemos una vida nueva... Soy Subsecretario, ¿te lo he dicho?... obligado á recibir en nuestra casa, á hacer una vida que ahora es una complicación á causa de nuestra es-



P. Carcedo
Acto II. Escena XII.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA (pág. 113.)
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

casez de recursos... no podemos salir del paso sino á fuerza de razón y de buena inteligencia. Ayúdame: estoy en peligro, y pido socorro.

MAEÍA ANTONIA (*con altívez*).

¡Volver á tu lado! ¡Muchas gracias! No quiero tropezarme allí con tus queridas (*con un arrebato furioso de celos*). ¡No mientas! La otra mañana ha estado Lidia en mi casa, en mi propio hotel.

PABLO ASTIER

Los que me espían y te dan cuenta diaria de mi vida íntima, debieron decirte que esa visita fué seguida de una indicación de despedida absoluta é irrevocable.

MARÍA ANTONIA

¡Ya me lo han dicho!... pero ¿y qué? Después de ésa vendrá otra.

PABLO ASTIER

Te juro...

MARÍA ANTONIA

¡Oh no jures!... ¡Te conozco!

PABLO ASTIER

Escúchame, María Antonia; he conservado mucho tiempo, demasiado tiempo, la ola de mi juventud... Esa ha sido mi única falta para contigo; todos los disgustos que te he causado han venido de ahí. Hoy, apaciguado, más serio, más hombre... quiero terminar con los disgustos que nos separan. Volvamos á ser amigos, aunque no sea más, si quieres.

MARÍA ANTONIA *(con amargura)*.

¡Pues no faltaba más!

(Procura desasirse.)

PABLO ASTIER *(reteniéndola)*.

Seamos dos dedos de una misma mano, unidos por el mismo gusto y persiguiendo el mismo fin.

MARÍA ANTONIA *(medio vencida)*.

Todos esos bonitos razonamientos me los hice cuando nos casamos. ¡Todavía lo lloro!...

PABLO ASTIER *(en voz baja y con mucha ternura)*.

Y después, ¿quién sabe, cuando haya recobrado tu confianza?...

MARÍA ANTONIA

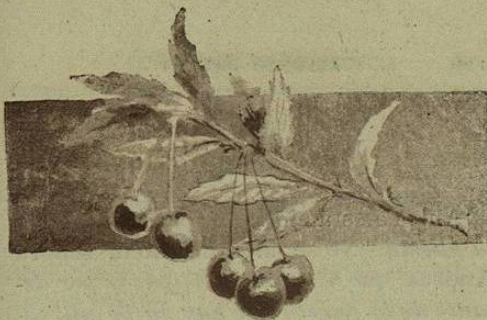
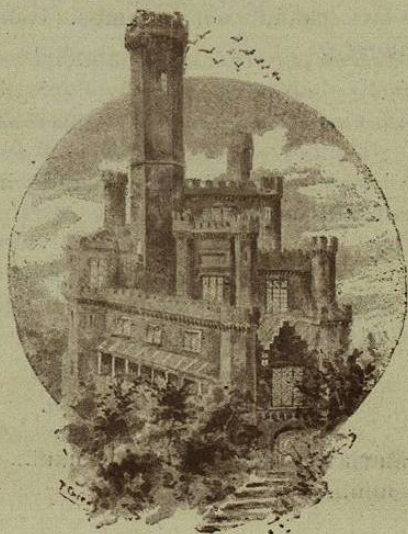
¡Calla! ¡Calla! ¡Jamás!

PABLO ASTIER *(en el mismo tono)*.

¡María Antonia! ¡María Antonia!... ¡Alma mía!...

MARÍA ANTONIA (*desasiéndose y con tono resuelto*).

¡Ah seductor, que lees hasta en el fondo de mi alma y permaneces siempre ilegible para mí!... ¿Conque es verdad?... ¿Es verdad que me necesitas? ¿Que puedo servirte de algo?... Bien; estoy dispuesta á seguirte, amigo mío.



ACTO TERCERO

En casa de Vaillant.

Habitación modesta y alegre. Comedor. Puerta al foro, que da á una antesala muy clara, donde se supone que está la cocina.—Está puesta la mesa para el almuerzo de Vaillant.—Entre los dos cubiertos, un ramo.—Tetera, tazas, carne fiambre.—En las paredes grabados figurando batallas y retratos de Generales; una fila de platos y un frutero con cerezas encima de la estufa.

ESCENA PRIMERA

LIDIA

(*Es necesario que no haya ni el más remoto parecido entre la elegante muchacha del primer acto y la gentil mujercita de su casa de ahora, con su gran delantal á la inglesa, con la falda recogida y las mangas vueltas, echando agua hirviendo en la tetera.— Un campanillazo que oye la joven.*)